

Año I. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Num. 9.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.,

BELLAS ARTES, NOVELAS, MÚSICA, CRÓNICAS, COSTUMBRES Y LITERATURA.

Se publica un numero todos los Jueves.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
UN NÚMERO SUELTO 2 RS.—DICHO CON PATRON 3 RS.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.—Núms. sueltos 4 rs.
La remision se hace por correos el mismo dia en que se publica.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO CON PATRON Ó SIN ÉL, 2 RS. FS.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.—Números sueltos 3 rs. fs.
DIRECTORES PROPIETARIOS: **Sres. De Cárlos y C.ª**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
UN NÚMERO SUELTO 4 RS. FS. CON PATRON Ó SIN ÉL.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.—Números sueltos 5 rs. fs.
La remesa se hace por vapores en el mismo dia de la publicacion.

A NUESTROS SUSCRITORES.

Por mas esfuerzos que hemos hecho no nos ha sido posible hasta ahora publicar sin cierto atraso los números correspondientes de nuestro periódico. La falta no ha sido ciertamente nuestra. Estas dificultades han provenido todas de accidentes imprevistos que han retardado el envio de los objetos de Paris; y como en publicaciones de la índole de la presente es indispensable ir al dia, porque la moda así lo exige, no nos era posible dar en el capítulo de ella nada que no fuese lo mas reciente, y por lo mismo, lo mas autorizado.

Sin embargo, como aquellos estraños accidentes no es probable que se repitan nunca, y como además, á todo evento, tenemos ya tomadas nuestras medidas para que en ningun caso afecten en lo sucesivo la exactitud en el órden de la publicacion, nuestros suscritores deben estar tranquilos, seguros de que muy en breve el periódico entrará de una vez en su marcha normal. En tanto, les rogamos nos disimulen las irremediables demoras esperimentadas hasta aquí.

Para subsanar prontamente la falta, damos hoy, además del figurin que corresponde, el del número anterior.

Peinado de jovencita.

Este peinado sentará perfectamente á las señoritas. Se compone de tirabuzones *á la Fontanges*. Una peina con bolas y cuatro alfilerones de concha bastan para retener este peinado.

Átase el cabello por detrás bastante flojo, en seguida se hace una trenza floja y aplastada, con la cual se forma un 8 horizontal, empezando por el lado derecho.

Inclinado el cabello hácia el lado derecho, se le sube y sostiene con la peina de bolas. En seguida se fijan los cuatro alfilerones, que acaban de consolidar este peinado sencillo, pero de muy buen estilo.



PEINADO DE JOVENCITA.

Por delante se levanta un mechon de pelo tomado junto á la frente, y se forma despues una trenza de tres ramales á cada lado con todos los cabellos que se encuentran encima del mechon levantado. Estas dos trenzas están dispuestas como lo indica nuestro grabado, y van á perderse bajo las otras trenzas posteriores, dejando en la parte anterior un vacío que se llena con los frisados *Fontanges* mas ligeros.

Adorno de cabeza hecho con cinta de terciopelo.

Materiales.—1^{m},80 de cinta de terciopelo que tenga 5 centímetros de ancho; 5 metros y medio de encage negro, de 1 centímetro de ancho; cinco broches de azabache.

La *forma* sobre la cual se coloca las *hojas* de terciopelo es de tul negro, orlada ó guarnecida en cada lado de un alambre delgado cubierto de tafetan negro: esta forma ovalada tiene un poco mas de 1 centímetro de ancho; su circunferencia depende del tamaño de la cabeza, á la cual está destinada; la orilla mas próxima á la cara deberá tener unos 70 centímetros; la orilla opuesta es menos ancha, teniendo solamente 61 centímetros de circunferencia: se corta el terciopelo en pedazos, con los cuales se forman las hojas; se necesitan unas veinte y tres. Estos pedazos son desiguales, midiendo de 9 á 11 *centímetros* de ancho.

Se orillan tres lados de cada hoja con un encajito de 1 centímetro de ancho; uno de los lados estrechos no se orla; se hace un pliegue en este lado, y despues se cose cada hoja en la *forma*, consultando nuestro dibujo; se echarán las puntas hácia la parte posterior (atrás) del adorno; las dos últimas puntas ó cabos deben juntarse, cosiendo sus extremidades entre sí sobre la forma: en el delantero se pone el pedazo que tiene 18 centímetros de largo, que está orlado de encage todo al rededor, y se hace un pliegue en medio para fijarle sobre la forma.

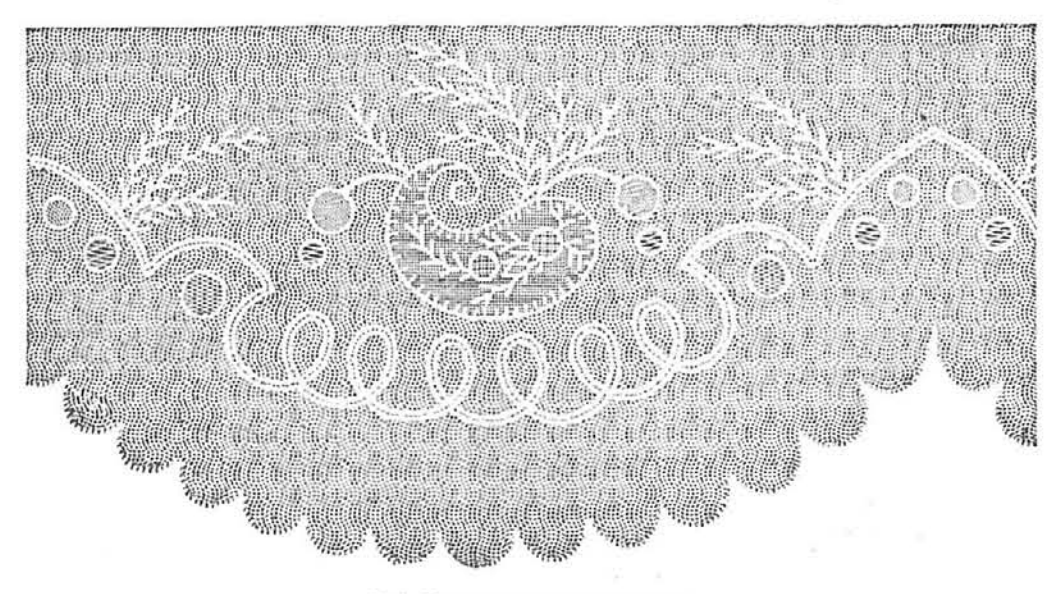
Los broches de azabache no son indispensables; el dibujo indica que se ponen tres atrás y dos delante.

Esta clase de adorno se ha adoptado para tertulias de confianza (*petites soirées*): los adornos con flores solo pueden figurar en un baile.

Canastillo de labor en forma de wagon.

Hé aquí un canastillo de labor de nueva especie: figura un wagon descubierto, como los que sirven para trasportar mercancías que van al aire libre: el vapor todo lo invade!

El interior de este canastillo, ó cesta de costura, puede contener todos los utensilios necesarios á las labores femeninas: el tapicito que excede los bordes del wagon servirá para las agujas de los diferentes números ó de diverso grosor, y hasta los rocados que están destinados á preservar los wagones contra todos los choques, funcionan en este lindo mueblecito, utilizando su prominencia que sirve de acerico para los alfileres.

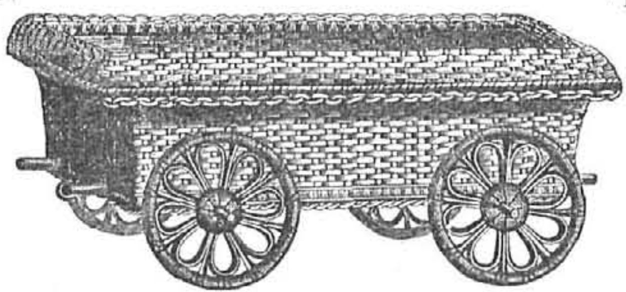


N.º 4—LAMBREQUIN PARA EL CANASTILLO.

Cuatro dibujos se han consagrado aquí á este trabajo: el n.º 1 le representa ya terminado; el n.º 2 es el canastillo antes de adornarle con las piezas bordadas; el n.º 3 es el dibujo que se borda para el interior; el n.º 4 la sesta parte del *lambrequin* cubriendo el borde del canastillo; estos dos últimos dibujos son de tamaño natural.

El wagon se compone de un cestito oscuro barnizado, de 28 centímetros de largo y 17 de ancho en su borde exterior, plegado hácia fuera; el fondo tiene 25 centímetros de largo y 15 de ancho; la altura del canastillo es de 11 centímetros.—Además del cestito, es menester tener un pedazo de paño fino (en nuestro modelo es encarnado grana), de 24 centímetros de largo y 14 de ancho, sin los dobladillos, para hacer el fondo del canastillo; la palma del centro (dibujo n.º 3) es de paño ó de merino blanco, ribeteado con seda amarilla de oro; el dibujo que sirve para encuadrarle (en forma de bucles) se ejecuta con trencilla maiz orillada con seda azul turquí; en medio de esta trencilla se hará una costura en forma de *espina*, con seda negra; los bucles mas pequeños (blancos) que encuadran ó circundan la palma son de punto de torzal, ó tallo de seda verde; las ramitas (costura de *espina*) son de seda verde de un color mas oscuro; las motas y las flores, de seda color de café, blanca y azul.—El lambrequinito se compone de una tira de paño, igual al del fondo, de 92 centímetros de largo, y 15 de ancho; se corta una de las orillas de la tira, dándola la forma de nuestro dibujo n.º 4, de modo que se tengan seis festones; cuando estén bordados como el fondo del canastillo, se fija esta tira haciendo un pliegue en cada esquina, de modo que la tira exceda en 6 centímetros al borde del canastillo, y que haga dos festones en cada lado ancho, y un feston en cada uno de los otros extremos del canastillo. En seguida se colocará el fondo bordado, que se ha circundado de alamares ó presillas.

Las ruedas (formadas con aritos de alambre) van envueltas con trencilla de lana azul; los rayos de cada rueda se componen de cuatro á cinco cuentas de Bohemia amarillas, enhebradas en una punta de alambre y fijas en la rueda, en cuyo centro se colocará una *redondelita* ó circulito de grana picada. En los cuatro ángulos ó esquinas del wagon se colocan lazos de trencilla azul, que terminan en dos borlas de grana picada ó recortada con tijeras. Los cuatro rocados están recubiertos con almohadillas ó cojines que se componen de un pedazo de carton redondo (4 centímetros de circunferencia) recubierto de paño azul por un lado, encarnado (grana) por el otro, y combado por medio de un poco de algodon en rama. Se clavan alfileres al rededor de estos rocados.



N.º 2—EL CANASTILLO ANTES DE GUARNECERSE.

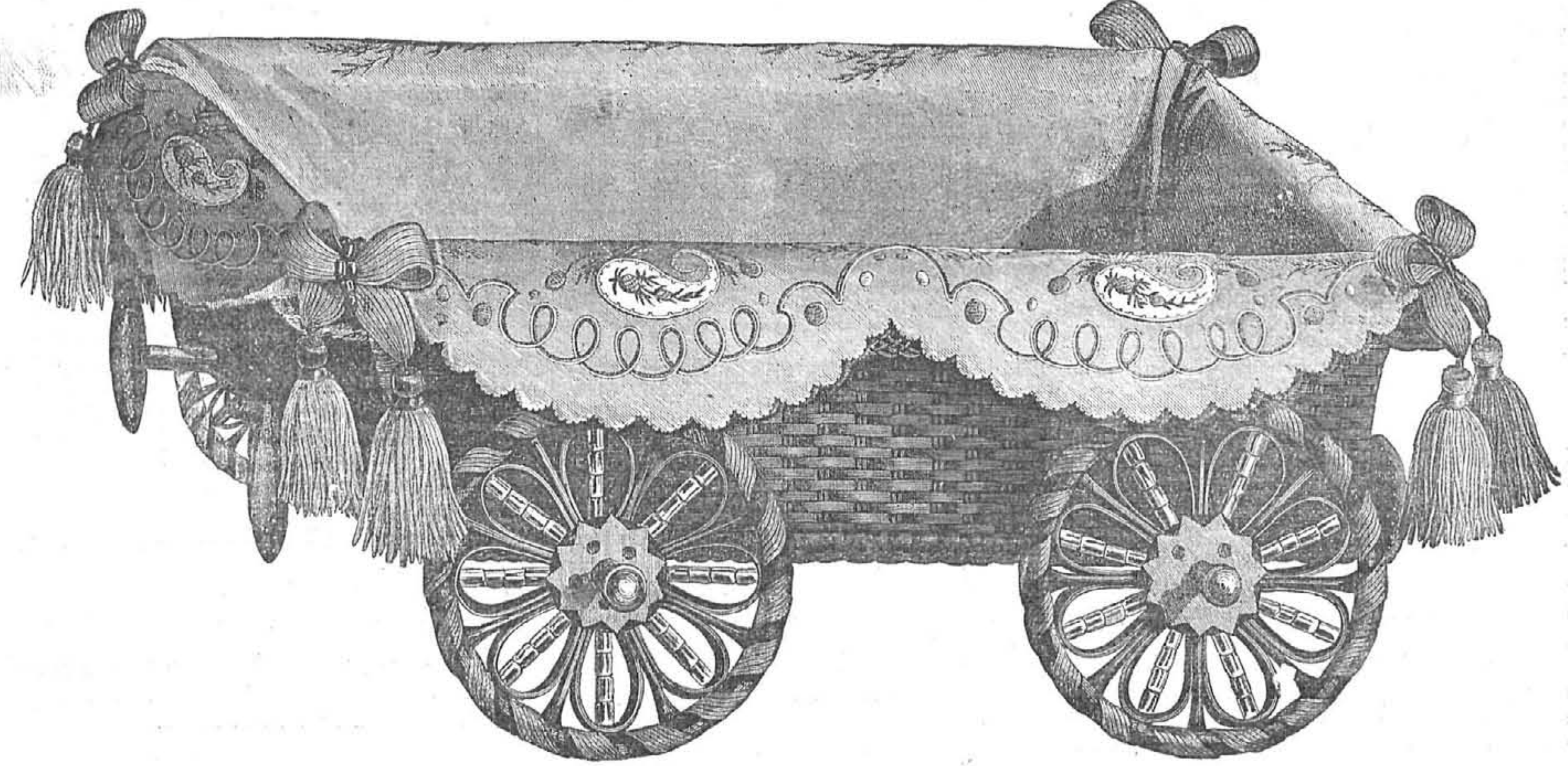
Los colores que hemos indicado no son obligatorios; se podrán utilizar todos los retazos de paño de merino, todos los restos de torzal de seda que se tengan á la mano. Esta labor puede hacerse con los colores mas opuestos.

Sombreros.

A la manera que sucede en la naturaleza, todo en el mundo procede por medio de transiciones, y dígase lo que se quiera, no es tan exacto como se supone el vulgar proverbio de que los extremos se tocan: una montaña ó sierra no se erige piramidalmente en medio de una llanura; graduadas pendientes conducen hasta la cima, permitiendo así su declive el trasportarse insensiblemente á los valles. Lo mismo acontece en las creaciones efímeras de la moda: sus proporciones aumentan ó disminuyen, observando esta tan sábia regla de la gradacion, que nos familiariza con los mas variados aspectos y situaciones, que todo lo renueva en fin, sin romper de un modo demasiado brusco con los hábitos contraidos.

Si se quiere un ejemplo en apoyo de esta verdad, citaremos los corpiños, cuyas faldetas eran al principio tan cortas, tan modestas, que lograron hacerse aceptar sin oposicion; despues fueron haciéndose cada vez mas largas, invadieron toda especie de *toilettes*, y como era imposible llevarlas con cuerpos escotados, relegáronse estos al olvido, viendo á las señoras envueltas en sus casaquillas, bailando con corpiños subidos, con *faldetas*, siempre que no se trataba de un gran baile de convite. Esto sucedia hará unos nueve años. Pero las faldetas han seguido la comun corriente: abusando de su prestigio, no han sabido contenerse en los límites de lo razonable, y aumentando sin cesar de longitud, han alcanzado, bajo la forma de casaca ajustada, la orilla de la falda, que ellas debian acompañar, pero no reemplazar. Qué ha sucedido pues? Que su apogeo fué el punto de partida de su decadencia. Los cuerpos sin faldetas reaparecieron: modestos al principio, no ostentaron la pretension de reemplazar á sus antecesores, y sin embargo, estos han perdido poco á poco todas las posiciones que habian conquistado, viéndose relegados entre las modas anticuadas.

La misma suerte vaticinamos á los sombreros. Tambien ellos saben observar las leyes de una hábil progresion: sus cambios son imperceptibles, y á primera vista parece que nada ha variado en las formas que suceden á las formas de una estacion precedente; pero ¡cuán manifiesta y evidente es la variacion que se ha operado, cuando se comparan



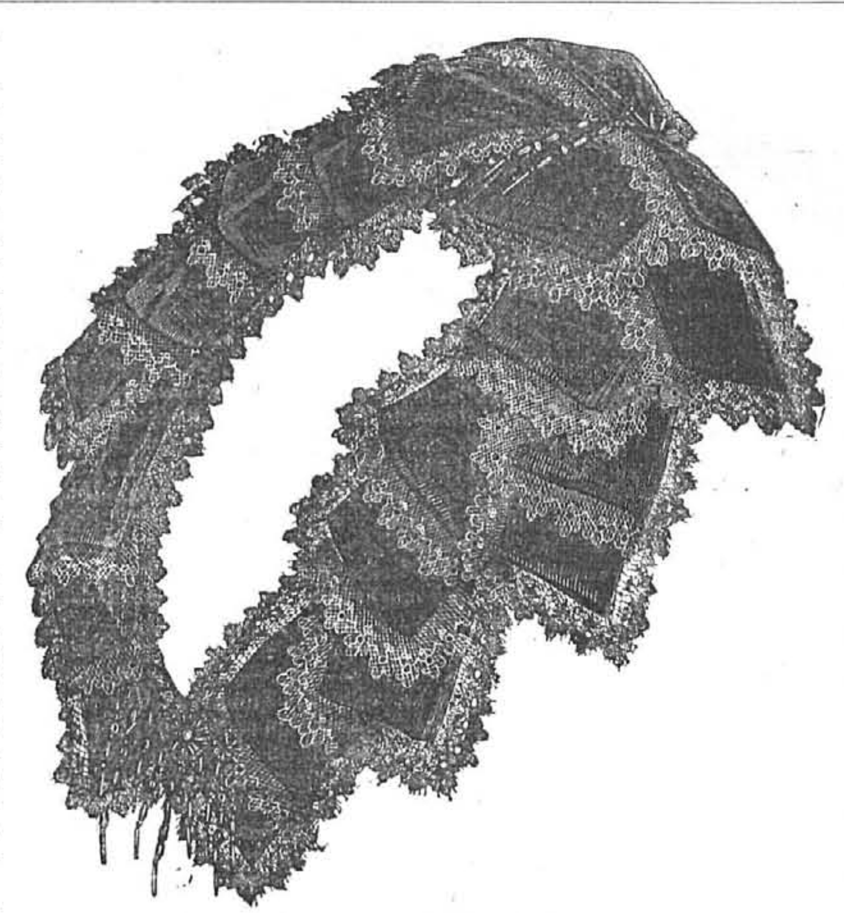
N.º 1—CANASTILLO DE LABOR EN FORMA DE WAGON.

los sombreros de hoy con los que llevaban hace dos años!

El sombrero crece sin cesar; nada podrá ya contener su desarrollo; y no tardarémos en ver de nuevo aquellas espantosas calesas que encerraban el óvalo de la cara en un círculo gigantesco allá por los años de 1831 y 1832. Despues, cuando el sombrero haya alcanzado proporciones desmesuradas, procederá por opuestas gradaciones, hasta volver á convertirse, dentro de quince ó veinte años, en el famoso sombrero diminuto que se conocia en Paris con el nombre de *bibis* en 1815. No hay arbitrio! está escrito que los hombres, las mujeres y los sombreros no se avendrán jamás con la estabilidad, y que sin cesar deben de marchar, á semejanza del péndulo, del uno al otro extremo.

Los sombreros difieren pues muy poco, en cuanto á la forma, de los del invierno anterior; pero esta corta diferencia es en mas, no en menos. Con efecto el ala ó la *passe*, es todavía un poco mas elevada encima de la frente. Los bordes sobresalen un poco mas el contorno de la cara: en una palabra, son mas grandes. Pero la moda ha oido los lamentos de las señoras económicas, y las permite *aumentar* un sombrero del año pasado orlándole con una tira sesgada de tafetan, ó de terciopelo.

Los sombreros redondos quedan definitivamente adaptados al trage de campo, y para viajar. Y como las distancias están suprimidas, gracias á los ferro-carriles; como nos hallamos siempre en las cercanías de una poblacion, ora habitemos en el campo, ó bien nos hayamos instalado junto á un manantial benéfico, el sombrero redondo ha adquirido el derecho de ciudadanía, de tal modo, que se deja ver con frecuencia, aun en las grandes ciudades. No estará demás añadir aquí que siempre es preferible no hacer de él un uso habitual en el interior de las ciudades, y que solo se le puede tolerar á título de sombrero de viaje. Entre las formas redondas, señalarémos como sombrero de viaje para las niñas y señoritas, el sombrero *húngaro-calabrés-Tudor*; para paseos de mañana, el sombrero *régate Richemond*.



ADORNO DE CABEZA HECHO CON CINTA DE TERCIOPELO.

Este último convendrá perfectamente para los últimos dias del otoño.

Estos sombreros redondos son de paja negra, color castaño ó café, paja belga, ó tambien paja de Italia. Todas estas pajas convienen para los sombreros de niños y de niñas. Desde la edad de ocho años, poco mas ó menos, los niños llevan gorra de paja.

Núm.º 1.—Sombrero de paja blanca, con entredos de guipure negra y cordoncitos de paja muy lijeros, dispuestos sobre el entredos; cinta blanca con florecillas negras: pensamientos de terciopelo negro: interior análogo.

Núm.º 2.—Sombrero visto por el interior y de lado: es de cerda, con una *fanchon* de felpilla de paja, rodeada de botones de paja; interior compuesto de escarapelas de encage negro, colocadas en la guarnicion de blonda blanca; caidas blancas.

Núm.º 3.—Sombrero Tudor. La misma observacion que para el sombrero húngaro. Este es de cerda negra y paja negra; plumas negras y plumas blancas.

Núm.º 4.—Sombrero escocés. Fondo de paja blanca, bordes de paja inglesa negra; plumas negras y blancas.

Núm. 5.—Gorra de paja color de café, orlada de terciopelo negro, para niño.

A esta nomenclatura añadirémos algunas descripciones que podrán ser útiles á nuestras lectoras.—Sombrero de cerda blanca; fondo de tafetan blanco, recubierto con una redecilla de pasamanería negra; al rededor del fondo va un rizado de tafetan blanco orlado de encaje negro muy estrecho. Si bajo este sombrero se coloca una rosa grande, conviene á una señora jóven. Si se suprime la rosa, podrá servir para una señora de mas edad.

Sombrero de paja de arroz. Fondo de tafetan gris claro, con cuadros de entredos muy estrecho, de encage negro; lazo de cinta gris: caidas iguales. Sombrero para los cuarenta y cinco á sesenta y cinco años.

Sombrero de trenzas de cerda blanca y de cerda color de lila, dispuestas alternativamente; ramos de lilas blancas: caidas lila. Edad: de treinta á cuarenta y cinco años.

Sombrero de paja blanca, adornado con ramos de yedra y con cintas blancas; para la misma edad que el sombrero mencionado anteriormente.

Sombrero de cerda blanca, adornado con un ramillete de artemisas ó jazmines que rodean una rosa de Alejandría. Edad: de veinte á treinta años.

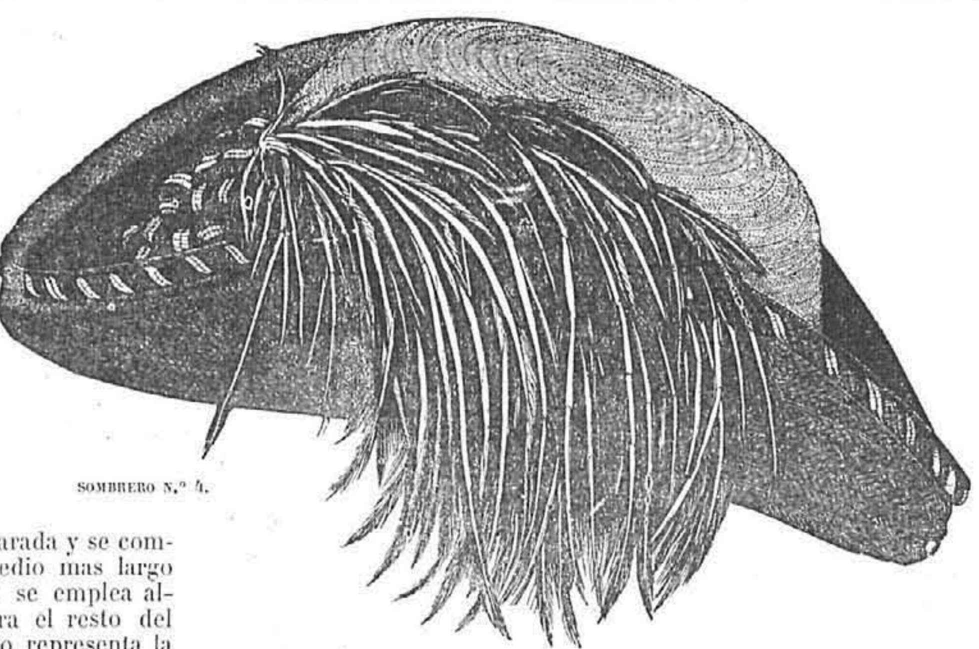
Sombrero de paja blanca, adornado con cintas blancas y un ramito de pimpollos de rosas blancas; debajo lleva una media guirnalda de pimpollos de rosas blancas. Edad: de diez y seis á veinte y cinco años.

Los sombreros de paja de avena son siempre de moda para sombreros de mañana; se los guarnece con cintas de color. Los sombreros de cerda, paja

N.º 3.—FONDO DEL CANASTILLO.

de arroz, paja blanca, se prefieren este año guarnecidos con cintas blancas para las jovencitas, y con c'ntas gris claro ó maiz: para señora de mas edad.

El sombrero de paja color de café deberá ir guarnecido con cintas del mismo color; todo color diferente es *inadmisible; pues* este sombrero debe acusar el deseo de pasar desapercibido, y acompañar un trage muy sencillo.



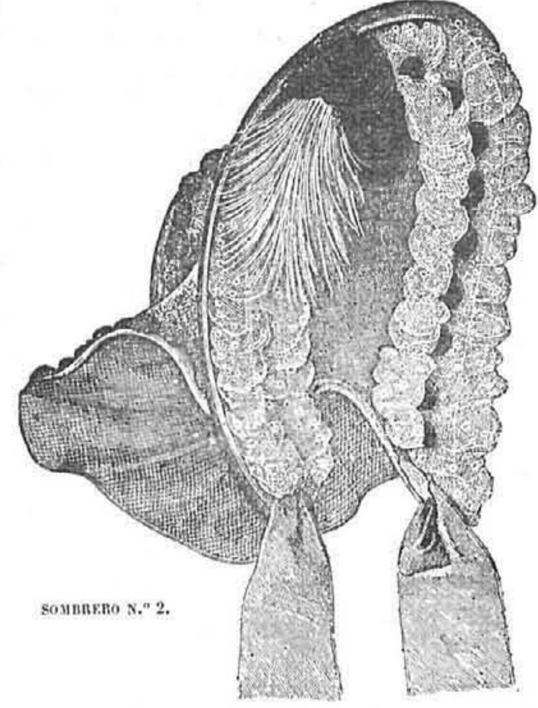
SOMBRERO N.º 4.

Cuello al revés.

La forma de este cuello es nueva y á la vez elegante. La punta pasa por la espalda, asegurándose por delante con dos botones. Los lunaritos se hacen á punto de parada y se componen de tres puntos; el de en medio mas largo que los otros; para estos lunaritos se emplea algodon un poco mas grueso que para el resto del bordado igual al modelo. El dibujo representa la mitad del cuello, la linea blanca indica el medio.

REVISTA DE PARIS.

París principia á ponerse en movimiento hácia París. Esto es, los parisienses de Bélgica, de Alemania y de los Pirineos comienzan á regresar á la



SOMBRERO N.º 2.

capital, donde traen la vida, la animacion, las fiestas del invierno. Como de costumbre, cada cual vuelve maravillado de lo que ha visto, y satisfecho por haber recobrado la salud en unos cuantos meses, pues en suma, pocos dejan á Paris sin el pretexto de ir á sanar sus males en Baden, en Biarritz ó en Trouville. ¡Cuántas curaciones prodigiosas debemos todos los años á las aguas termales y á los baños de mar!

—Es preciso viajar, cambiar de aire, dicen y repiten los médicos á la entrada del verano á los parisienses.

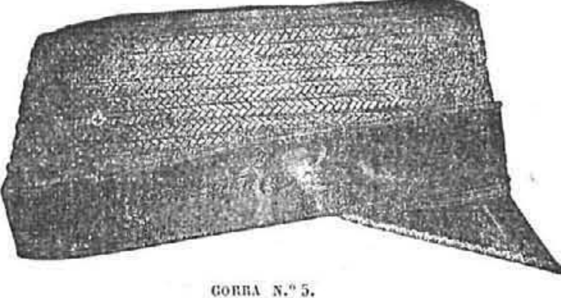
—¿Y á dónde ir?

—A cualquiera parte, con tal de salir de Paris.

En efecto el cambio es una ley de naturaleza, y aquí está el secreto de la boga de los baños de mar y de la saludable influencia que producen, no solamente en las personas que tienen en realidad alguna dolencia, sino en los enfermos imaginarios que tanto abundan.

Al cambio de lugar hay que añadir el cambio de vida y de costumbres.

En los baños de mar, así como en el campo, las amistades se entablan prontamente en medio de las playas, en el paseo, en el baile, en los salones públicos; las distracciones se encuentran mas á mano, la etiqueta de los salones de Paris desaparece. ¿No es de creer que todo esto, al dar una nueva direccion á todas las funciones del cérebro, redunde al mismo tiempo en beneficio de nuestra salud?—Luego hay las aventuras, las intrigas, los lances imprevistos, que son otras tantas seduc-



GORRA N.º 5.

ciones. Dos meses antes del estio la niña de la casa se siente indispuesta; su enfermedad es un misterio, la medicina es impotente para curarla de este mal sin nombre.

Sin embargo, la jóven come, bebe y asiste á los bailes como de costumbre; pero cuanto mas se aproxima el mes de julio, mas enferma.

Los padres se alarman.

—Esta niña es preciso que vaya á tomar baños, dice la madre.

—Mis ocupaciones no me permiten acompañarla, responde el padre; si no, la llevaria.

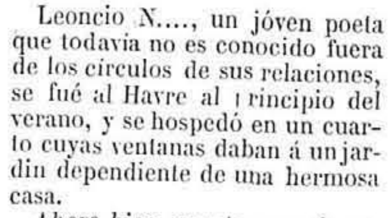
—Eso es lo de menos, yo iré con ella.

Y la buena esposa hace el sacrificio de abandonar á su marido durante unos meses, por supuesto despues de haber oido el parecer del médico, que en tales consultas se halla siempre de acuerdo con los gustos femeninos.

Tres meses despues la madre y la hija vuelven á Paris radiantes de júbilo, y presentan al gefe de la casa un jóven que solicita el honor de entrar á formar parte de la familia.

El cambio de lugar ofrece siempre de estos preciosos atractivos que á veces, en efecto, se realizan.

Nada mas curioso que oir á los viajeros las relaciones de sus aventuras. Hé aquí una historieta de ayer que no es de las menos divertidas.



Leoncio N...., un jóven poeta que todavía no es conocido fuera de los círculos de sus relaciones, se fué al Havre al principio del verano, y se hospedó en un cuarto cuyas ventanas daban á un jardin dependiente de una hermosa casa.

Ahora bien, en esta casa oia resonar á menudo la voz sonora y suave de una jóven á la que con frecuencia veia tambien en el jardin.

La niña podia tener unos diez y seis años; era alta, esbelta y graciosa. Sus ojos azules y melancólicos, su rubia cabellera y su blancura descubrian su orígen inglés á primera vista.

Leoncio habria hecho cuanto es posible hacer por ser presentado en aquella casa; se informó acerca de sus habitantes por varias personas; pero nadie acertó á darle una respuesta satisfactoria, por consiguiente hubo de contentarse con el placer de los ojos.

La jóven casi siempre estaba sentada cerca de la ventana bordando ó leyendo, y entretanto Leoncio la contemplaba ó escribia versos con la esperanza de que un dia llegarian á sus manos.

Una cosa le desesperaba particularmente, y era el ignorar su nombre; pero al cabo de pocos dias



SOMBRERO N.º 1.

quedó satisfecho sobre este punto, pues la oyó llamar Adela. No obstante, gracias á esta vecindad vino á establecerse cierta intimidad, entre los dos jóvenes.

Por la noche Leoncio cantaba á su ventana, y Adela solia repetir las canciones que le oia. Este era para él un momento feliz, pues se figuraba que en esa malicia de criatura habia alguna intencion favorable á sus amores.

Luego, cuando la ventana se cerraba, Leoncio no se apartaba de la suya hasta que veia apagarse la luz de en frente.

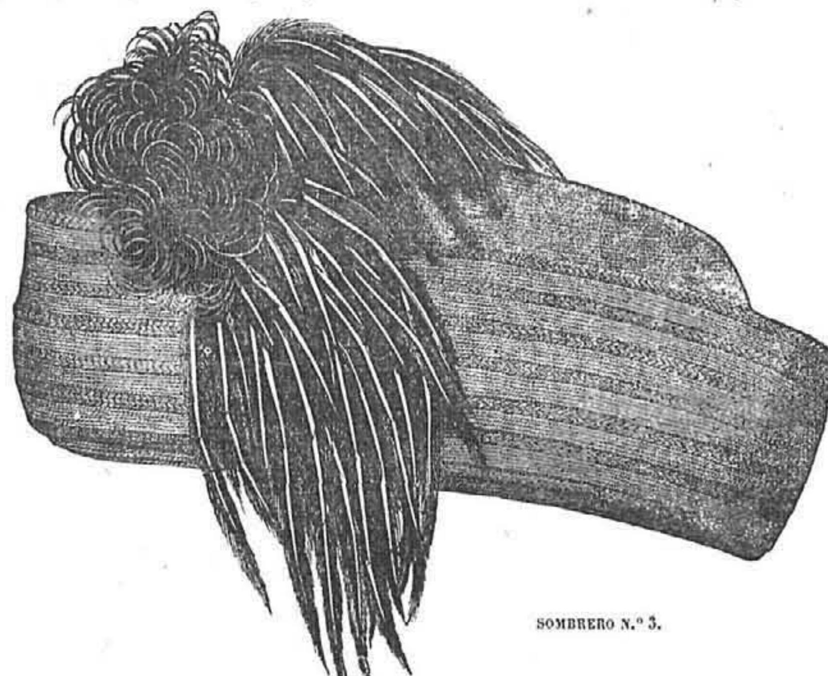
Un dia se creyó correspondido, y hé aquí por qué:

Habia en la casa un hermoso perro, y Leoncio habia notado que la jóven miraba al animal con mucho cariño.

El dia en cuestion el perro estaba en el jardin y Adela asomada á su ventana.

Leoncio llamó al perro, y comenzó á echarle azúcar que él devoraba con todas las señales de una extremada satisfaccion; cuanta mas echaba, mas parecia pedirle. Por fin vació la azucarera, y se la enseñó para que viera que estaba vacía.

Entonces el animal se alejó triste-



SOMBRERO N.º 3.

mente, volviéndose á menudo como para ver si debia renunciar á toda esperanza de que le arrojaran mas azúcar.

En esto Leoncio alzó los ojos, y Adela hizo el mismo movimento; sus dos miradas se encontraron, y ella inclinó la cabeza sonriendo como par dar gracias á su vecino en nomdre del perro.

Desde aquel dia Leoncio, persuadido de que habia despertado algunas simpatías en la jóven, resolvió declarar su amor directamente, y solo esperó para ello una ocasion que no tardó representarse.

Acababa de componer unos versos apasionados que expresaban su amor, cuando vió salir á los padres de Adela. La ocasion no podia ser mas favorable: copió la poesía en un plieguecillo de papel satinado, y doblándole cuidadosamente lo metió en su cartera, y se volvió á su puesto junto á la ventana.

Adela estaba en el sitio de costumbre; Leoncio hizo como que buscaba alguna cosa en su cartera, y en el momento en que la jóven le miraba, dejó caer el billete como por descuido.

Al cabo de algunos minutos se apartó de la ventana, dejando á la curiosidad natural de la mujer que hiciera lo restante.

Sin embargo, se colocó detrás de la persiana de otro balcon, que habia tenido cuidado de bajar, y esperó con impaciencia el desenlace.

No tuvo que esperar demasiado.

Adela habia desaparecido, y un instante despues asomó por el peristilo del jardin; bajó los escalones, dió algunas vueltas por entre los árboles, y luego, despues de mirar rápidamente si alguien la observaba, se apoderó del billete de Leoncio, echó á



DESCRIPCION DE CORPIÑOS DE VESTIDOS Y DE TRAJE DE NIÑO.

N.os 1 y 2, espalda y delantero. Cuerpo liso, montante, guarnecido de encaje negro en las costuras: las mangas llevan la misma guarnicion: los delanteros están igualmente guarnecidos de encaje negro orlando la hilera de botones. Este vestido es de tafetan verde; la falda es lisa.

N.os 3 y 4, espalda y delantero. Cuerpo liso, subido, abotonado; mangas con vuelta orlada, lo mismo que la costura, con un volante. Este vestido de barés inglés va guarnecido de siete volantes.

N.º 5. Corpiño montante, adornado de un canesú de terciopelo negro con ondas á cada lado, continuando en forma de delantal en el delantero de la falda; mangas con guarnicion del mismo color. El vestido es de tafetan negro; el cuerpo es cerrado con corchetes.

N.º 6. Corpiño montante, ó medio escotado, cubierto con una esclavina cuadrada de terciopelo negro, orlada de un fleco; mangas guarnecidas con vueltas de terciopelo negro, orillado de pasamaneria. El vestido es de alpaga inglés negro.

N.º 7. Corpiño montante, guarnecido con tirantes de tela igual al vestido: estos tirantes van orlados de un rizado estrecho recortado, medio cubierto por un encaje negro estrecho. Un cuadradito, especie de presilla, de tela igual al vestido, terminado en un fleco, fija el tirante sobre el hombro; esta guarnicion continúa sobre el vestido en forma de túnica, dando por detrás vuelta á la falda; mangas guarnecidas como el vestido; este es de tafetan color de violeta.

N.º 8. Corpiño montante, con cinturon; mangas guarnecidas de tres volantes, separados de otros dos volantes por un espacio de 3 á 4 centímetros. Falda guarnecida de cinco volantes dispuestos como los de las mangas. Este modelo es de seda mate (paño de seda), color de cuero de Córdoba. Se puede reproducir en barés y en muselina.

N.º 9. Corpiño medio escotado, cuadrado; un rizado *á la vieja* guarnece el escote: mangas medio-cortas, guarnecidas de rizados. La falda va tambien guarnecida de rizados perpendiculares que la dividen en espacios alternativamente anchos y estrechos: en los primeros se colocan nueve volantes; en los segundos, cuatro lazos. El vestido es de tafetan color de lila.

N.º 10. Traje para niño de seis á ocho años. Este traje es de popelina color oscuro, castaño ó café, y terciopelo negro. Pantalones anchos de popelina oscura, que llegan por bajo de la rodilla. Sombrero *Tudor*, con plumas de castor ó bien de paja.

correr cantando hácia el cenador y allí leyó repetidas veces la poesía.

Durante este tiempo el autor tenia los ojos clavados en ella estudiando con ansiedad en su rostro la impresion que sus versos producian en su alma, y devorado por un deseo invencible de declararla de rodillas los sentimientos friamente escritos en el papel que habia recogido.

Por, fin sin poderse contener mas se volvió á la ventana, prometiéndose que podia hablarla; y en cuanto ella advirtió su presencia, ocultó vivamente el billete en su seno, y un instante despues estaba en su cuarto.

Leoncio se hallaba todavía bajo la influencia de las deliciosas impresiones que esta escena habia despertado en su corazon, cuando entró á interrumpirle el mozo de la fonda que le traia una carta de su padre.

Qué carta! Era una órden categórica de ponerse en camino al otro dia por un motivo urgente.

Leoncio hizo pedazos el maldito mensage, y arrojó esos pedazos por la ventana.

Pero esto de nada le sirvió, y al dia siguiente tuvo que ponerse en camino.

No obstante, su ausencia no fué larga; tres semanas despues se hallaba en la misma habitacion; pero ¡otra fatalidad! la vecina habia mudado de vivienda.

Leoncio encontró nuevas personas conocidas en el Havre, y entre otras un amigo que trataba mucho á la familia en cuestion, y le prometió introducirle en su casa.

Trasportado de júbilo con la idea de poder al fin dirigir la palabra á su adorado tormento, Leoncio comió alegremente con su amigo y luego fué al teatro, donde estaba tambien Adela.

Ni un instante apartó de la jóven sus gemelos, y ella por su parte no dejaba tampoco de mirar de tiempo en tiempo á Leoncio.

Despues de haberla seguido hasta su casa, una vez concluida la funcion, el poeta se fué á su cuarto y se durmió pensando en la felicidad que le esperaba.

Al otro dia al levantarse se vistió elegantemente, y se fué á pasear por debajo de los balcones de la jóven con la esperanza de verla. Media hora anduvo dando vueltas, y ya se d sponia á marcharse, cuando al echar una última mirada á la ventana, notó que se movia la cortina y vió un brazo desnudo que arrojaba un papel á la calle.

Leoncio corrió á cogerle y reconoció que era «un papillote.» Pero ¿quién sabe? ¿no podia ser que Adela hubiese dado esa forma á su carta para alejar toda sospecha?

Leoncio, que habia resuelto al pronto no tomarle, se apoderó de él con presteza y vió... ¡un fragmento de su poesía!... ¡Adela se habia hecho los rizos con aquella poética declaracion amorosa!...

Aquel mismo dia Leoncio tomaba el ferro-carril de Paris, satisfecho ya de aventuras por este verano.

La Opera ha dado el lúnes último la primera representacion de la famosa ópera del antiguo maestro Gluck titulada *Alceste*, y segun el efecto de esta primera noche no auguramos á la partitura un éxito de los mas brillantes. Es una música demasiado severa, y sabido es que el estilo clásico no conviene á la generacion actual, que solo se entusiasma con la escuela de Verdi. Sin embargo, reservamos nuestra opinion sobre esta importante obra, que merece un detenido exámen.

MARIANO URRABIETA.

Canastillo para labor.

La parte inferior del canastillo se compone de un fondo plano hecho de cadeneta, de seda ó lana, y puede tener de 20 á 24 centímetros. Pueden emplearse varios colores, ó bien uno solo, y se hace esta parte de mallas llenas de cuerda: este fondo está cosido á una bolsa de seda del mismo color, cortada á hilo de arriba; se hace un ancho dobladillo que sirve de jareta para los cordones, fijados de manera que, estando cerrado el canastillo, este dobladillo representa una cresta de 2 centímetros, Esta bolsa de seda es mas larga abajo por los lados que en medio, es decir, redondeado de tal manera que hallándose reunido á la bolsa de seda el fondo de cadeneta, este fondo no descanse de plano sino que permanezca levantado en forma ovalada, como nuestro modelo lo indica. Este fondo va adornado de un rizado *á la vieja*, de cinta, con el objeto de cubrir la reunion de la bolsa con el fondo. Se colocarán dos lacitos de cinta á cada lado sobre los cordones que sirven de asas al canastillo.

Este canastillo puede construirse con mas ó menos elegancia, segun la eleccion de los materiales; el fondo puede ser de seda color de maiz; y la bolsa, lo mismo que las cintas y los cordones, de tafetan azul turquí. Si se hace el fondo de lana, como la labor será mas sencilla, aunque siempre de un bonito efecto, se podrá hacer la bolsa de tafetan del mismo color que el fondo.

EL NOBLE EN LA MISERIA.

POR ENRIQUE CONSCIENCE.

(Continuacion.)

Muy luego se detuvo delante de una puerta, y no obstante su admirable fuerza de voluntad, su mano tembló al tirar del cordon de la campanilla.

A la vista del criado que salió á abrir recobró su imperio sobre sí mismo.

—¿El señor notario está en casa? preguntó.

El criado respondió afirmativamente, le introdujo en una sala y fué á prevenir á su amo. Al quedarse solo el señor de Vlierbecke plantó el pié derecho sobre el izquierdo, para que no pudiesen advertir el estado fatal de su calzado, sacó su caja y se dispuso á tomar un polvo. El notario entró con rostro afable y como preparado á hacer un saludo atento; pero apenas reconoció al que le esperaba, su fisonomía se oscureció, y vino á tomar ese aire de reserva con que se arma el hombre cuando teme una demanda importuna á la cual quiere contestar con una negativa.

Muy lejos de ostentar el lujo de palabras que le era comun, el notario se limitó á pronunciar algunas palabras de fria urbanidad, y fué á sentarse delante del señor de Vlierbecke guardando un silencio significativo.

Humillado y herido con una recepcion de esta naturaleza, el señor de Vlierbecke se estremeció y se puso pálido; pero animándose al punto dijo con voz suplicante:

—Disimuladme, señor notario; una imperiosa necesidad me obliga á cansaros de nuevo, y vengo á solicitar de vuestra bondad un corto servicio.

—¿Y qué deseais de mí? preguntó el notario con desconfianza.

—Quisiera, señor notario, que me proporcionárais mil francos mas, mediante una hipoteca sobre mis propiedades. Sin embargo, no es una suma fija; necesito hoy dinero con precision, y deseo que me presteis doscientos francos. Me atrevo á esperar, señor notario, que no me negareis este ligero servicio que debe sacarme de un apuro terrible.

—¡Mil francos sobre hipoteca! murmuró el notario; ¿y quién pagará el rédito? Vuestros bienes están ya hipotecados por mas de su valor.

—¡Oh! os engañais, señor notario.

—No seguramente. Cumpliendo con la órden de personas que os han adelantado dinero, he mandado tasar todas vuestras haciendas al precio mas alto, y de la operacion ha resultado que vuestros acreedores no cobrarán sus capitales sino en el caso de que se haga una venta sumamente ventajosa. Habeis hecho una locura irreparable: yo en vuestro lugar no habria sacrificado toda mi fortuna y la de mi mujer por socorrer á un ingrato, que fuese ó no mi hermano.

El señor de Vlierbecke, abatido por un penoso recuerdo, inclinó su frente, pero dejó sin respuesta aquella acusacion de ingratitud contra su hermano; sus dedos estrechaban convulsivamente la cajita de oro cuando el notario prosiguió diciendo:

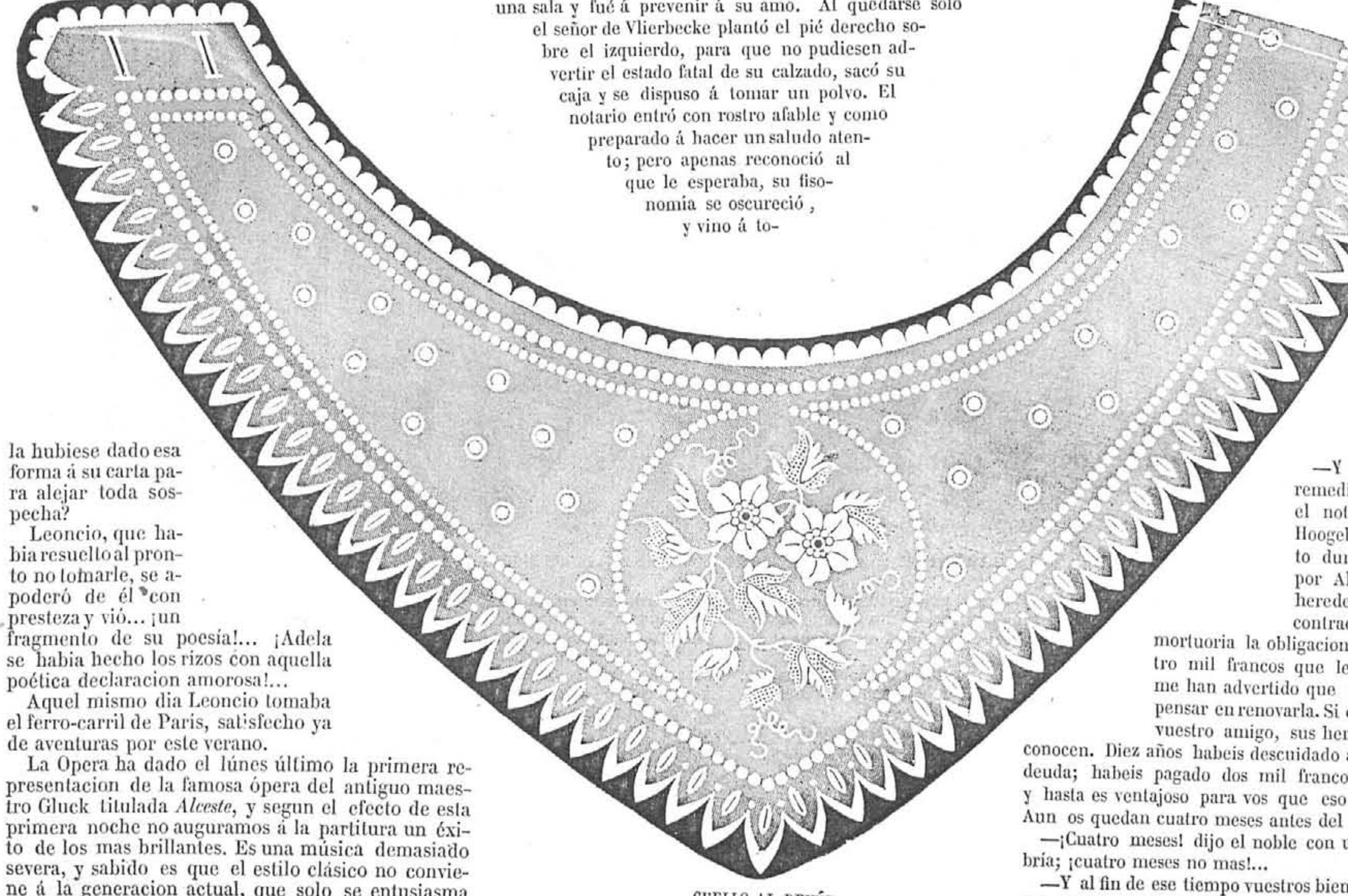
—Por esa imprudente accion os habeis sumergido con vuestra hija en la miseria, y ya no podeis disimular. Durante diez años, á costa de padecimientos inauditos, habeis podido guardar el secreto de vuestra ruina, pero se acerca el instante fatal en que os será preciso vender vuestros bienes.

El noble clavaba en el notario una mirada en que se leian la angustia y la duda.

—Y no hay mas remedio, continuó el notario. Mr. de Hoogebaen ha muerto durante su viaje por Alemania, los herederos han encontrado en la casa mortuoria la obligacion de los cuatro mil francos que le adeudais, y me han advertido que no tenia que pensar en renovarla. Si el difunto era vuestro amigo, sus herederos no os conocen. Diez años habeis descuidado amortizar esa deuda; habeis pagado dos mil francos de interés, y hasta es ventajoso para vos que eso se concluya. Aun os quedan cuatro meses antes del vencimiento.

—¡Cuatro meses! dijo el noble con una voz sombría; ¡cuatro meses no mas!...

—Y al fin de ese tiempo vuestros bienes serán vendidos por la justicia. Comprendo que semejante pers-



CUELLO AL REVÉS.

pectiva os sea penosa; pero ya que os habeis colocado ante un destino que nada puede conjurar actualmente, debeis prepararos á recibir con valor el golpe que os amenaza. Permitidme que anuncie yo la venta diciendo que os marchais del pais, y asi podreis libertaros de la vergüenza de un despojo forzoso.

Hacia algunos instantes que el señor de Vlierbecke se cubria los ojos con las manos, y aparecia como anonadado por las lúgubres palabras que estaba oyendo. Cuando el notario le aconsejó que vendiese voluntariamente sus haciendas, el noble alzó la cabeza y dijo con una serenidad dolorosa:

—Vuestro consejo es excelente, señor notario, y sin embargo no le seguiré. Ya sabeis que todos mis sacrificios, mi penosa existencia, mis eternas angustias no tienden mas que á asegurar la suerte de mi única hija. Vos solo sabeis, señor notario, que todo cuanto yo hago no tiene mas que un objeto, pero un objeto que considero como sagrado. Pues bien, creo que Dios quiere atender á la súplica que desde hace diez años le dirijo: un jóven rico, cuya pureza y generosidad de sentimientos son dignas de admiracion, ama á mi hija, y su familia nos mira á nosotros con ojos simpáticos. ¡Cuatro meses! El plazo es corto, no hay duda; pero ¿debo con esa venta anticipada destruir todas las esperanzas que he concebido? ¿Debo aceptar desde ahora para mi hija y para mí una miseria ostensible y declarada en el momento en que quizá voy á tocar al fin en cuya perspectiva he padecido tanto?

—¿Quereis pues engañar á esas personas? Acaso preparais asi á vuestra hija mayores infortunios.

La palabra *engañar* hizo estremecer al noble; un temblor nervioso recorrió sus miembros, y su rostro se puso encarnado como la grana.

—¡Engañar! exclamó con amarga ironía, ¡oh, no! Lo que quiero es no sofocar con la confesion de mi miseria el amor que una recíproca simpatía ha despertado suavemente en dos corazones juveniles. Solo cuando se trate al fin de tomar una decision, expondré lealmente el estado en que me encuentro. Si esta revelacion conduce á la destruccion de mis esperanzas, seguiré vuestro consejo, venderé todo cuanto poseo, abandonaré mi patria, y me iré á ganar de comer para mi hija y para mí dando lecciones en una tierra extranjera.

Se calló un instante, y luego prosiguió á media voz como si hablara consigo mismo:

—Y sin embargo, prometí á la cabecera del lecho de muerte de mi amada esposa, que mi hija no seria partícipe de tales miserias sino que tendria una existencia apacible y feliz. Diez años de contínuos padecimientos no han podido realizar mi promesa.. ahora en fin, un último rayo de esperanza ilumina nuestro negro porvenir...

Tomó con mano trémula la mano del notario, le miró fijamente y exclamó con una voz suplicante:

—Amigo mio, secundadme en este supremo y decisivo esfuerzo; no prolongueis mi tormento y concededme lo que os pido... Toda mi vida bendeciré el nombre de mi bienhechor, el nombre del salvador de mi hija.

El notario apartó su mano y respondió confuso:

—No comprendo qué puede tener todo eso de comun con la suma que quereis tomar prestada...

El señor de Vlierbecke se metió la mano en el bolsillo y respondió con tristeza:

—¡Ah? ¿No es cierto que es ridículo tener que bajarse tanto, y ver que la felicidad ó una eterna desgracia dependen de cosas de que otro hombre cualquiera se burlaria? Y no obstante así es. El jóven en cuestion viene á comer mañana á casa con su tio, que se ha convidado por sí y ante sí; no tenemos nada que darles... mi hija necesita algunas frioleras para presentarse como es debido... ellos á su vez nos convidarán... Nuestro aislamiento no ocultará ya mucho nuestra miseria; se han hecho sacrificios de toda clase para no sucumbir á la vergüenza...

Al pronunciar estas últimas palabras su fisonomía tomó una expresion desgarradora, sacó la mano del bolsillo, y enseñando al notario un par de monedillas de plata, le dijo sonriendo amargamente:

—He aquí todo lo que poseo... Y mañana vienen á comer á mi casa unas personas ricas, y si mi indigencia se viene á traslucir en alguna cosa, toda esperanza para mi hija se ha concluido. Por Dios, señor notario, sed generoso; socorredme en este cruel apuro.

—¡Mil francos! murmuró el notario, no puedo engañar á las personas que confian en mí. ¿Qué prenda servirá de garantía para esa suma? No poseeis nada que no esté hipotecado por mas de su valor...

—Mil... quinientos... doscientos... exclamó el noble; prestadme únicamente para salir del dia...

—No tengo fondos disponibles, respondió friamente el notario; dentro de un par de semanas quizá... y eso no puedo asegurarlo...

—Entonces, por amistad, dijo el noble, prestadme vos los doscientos francos...

—No puedo contar con que me los devolvereis, dijo el notario con visible despecho; de modo que lo que solicitais de mí es una limosna.

El noble hizo un movimiento en su silla y se puso pálido, sus ojos se encendieron y su frente se arrugó convulsivamente; pero supo dominar al punto su violenta emocion, y bajando la cabeza murmuró con una resignacion sombría:

—¡Una limosna!... Vamos adelante... apuremos esta última gota del cáliz de amargura..... ¡por mi hija lo hago!

El notario sacó de su gaveta algunas monedas de cinco francos y los ofreció al noble: pero sea que éste se sintiese herido al ver que le presentaban una verdadera limosna, sea que aquella cantidad le pareciese escasa para que pudiera serle útil, lo cierto es que arrojó al dinero una mirada colérica, y se dejó caer sobre su asiento exhalando un suspiro desgarrador y cubriéndose el rostro con las dos manos.

Un criado anunció otra visita: el noble se levantó de repente en cuanto el lacayo salió de la sala, y enjugó dos lágrimas que asomaban á sus ojos.

El notario le señaló las monedas de cinco francos que habia puesto en la punta de una mesa; pero el señor de Vlierbecke volvió la vista á otra parte como horrorizado y dijo precipitadamente:

—Señor notario, perdonadme mi osadía: ahora no tengo ya que pediros mas que un favor...

—¿Cuál es?

—En nombre de mi hija, guardadme el secreto.

—Me conoceis hace años; vivid sin recelo sobre ese punto... ¿pero no quereis aceptar ese corto socorro?

—Gracias, gracias, exclamó el noble apartando la mano del notario, y trémulo como si le hubiese acometido la fiebre, salió de la sala y atravesó la puerta de la calle sin esperar á que la abriera el lacayo.

Aturdido aun con el golpe que acababa de herirle, fuera de sí y medio muerto de vergüenza, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los ojos clavados en la tierra, el desgraciado noble recorrió algun tiempo las calles sin saber por dónde caminaba. Por fin el sentimiento de la necesidad le despertó poco á poco de su sueño febril, y dirigiéndose hácia la puerta de Bogerhout, se internó por las fortificaciones hasta que se halló enteramente solo.

Aquí una lucha terrible pareció empeñarse en él; sus labios se agitaban rápidamente, y en su semblante se sucedian mil diversas expresiones de dolor, de vergüenza y de esperanza. Sacó del bolsillo su cajita de oro, contempló con amarga tristeza el escudo de nobleza que en ella estaba grabado, y se sumergió en una meditacion desesperada de la que salió de súbito como si acabara de tomar una resolucion solemne.

(*Se continuará.*)



Mucho trato á una muchacha
á quien no he visto siquiera,
que está en la flor de sus años,
porque ayer cumplió noventa.
Sé que es de gran estatura
porque no ha crecido apenas,
y como tiene diez hijos
me presumo que es doncella.
Es natural de Sevilla
y por lo tanto gallega,
con tan soberbio talento
que brilla por su simpleza.
Es mas cristiana que un turco,
mas sensible que una hiena,
mas pura que el vino aguado
y mas débil que las peñas.
Como la tinta es de blanca,
como los micos de bella,
tiene el garbo de un camello
y de un buey la ligereza.
Casarse quiso muy jóven
solo por vivir soltera,
y en el dia de la boda
llevó una palma á la iglesia.
Al primer varon que tuvo
le puso por nombre Elena,
y hasta que salió de quintas
no le entregó á una pasiega.
Para que anduviese listo
solia atarle las piernas,
tapaba sus pies con guantes
y las manos con calcetas.
Para que fuese muy sabio
le prohibió ir á la escuela,
y para hacerle robusto
le tenia siempre á dieta.
Le curó unos sabañones
con paños en la cabeza,
y con un parche en el codo
unos dolores de muelas.
Le abrigaba en el verano
con tres mantas de Palencia,
y en el invierno le hacia
que durmiese en la plazuela.
Cuando rabiaba por novia
le decia muy serena
que tratara de casarse
con una monja profesa.
«Hijo mio (proseguia
dándole consejos terca)
si quieres vivir en paz
vete corriendo á la guerra.
No te juntes con los buenos
y échate amigos en Ceuta,
que la manzana podrida,
se mejora entre las buenas.
Cuando escribas una carta
no busques papel y obleas,
y vete, si á caza sales,
sin perro y sin escopeta.
Cuando te hable un hombre sabio
tápate bien las orejas,
y graba siempre en tu mente
todas las palabras necias.
Pásate el mar á caballo
y el mundo cruza en goleta,
porque al fin salta la liebre
donde uno mas se lo piensa.
Si quieres ser hortelano
estudia jurisprudencia,
y si pintar se te antoja
no gastes, por Dios, paleta.
Cuando entres en una casa
no entres nunca por la puerta,
y en visitas el sombrero
húndetelo hasta las cejas.
Si uno te ofrece una silla
tíraselа á la cabeza,
y si el golpe te devuelve
convídale á la taberna.
No te olvides de aplaudir
todas las malas zarzuelas,
y si asistes á un buen drama
silba y gruñe y patalea.
Compra, si quieres, reloges
en un almacen de telas;
pero si han de ser seguros
en tu vida le des cuerda.
Procura en favor del órden
armar jaranas tremendas,
y á los muertos dale vivas,
y á los vivos dales mueras.
Con esto serás un genio
como el célebre Babieca,
y sinó serás un bobo
como fué Lope de Vega.
Adios, hijo, buenas noches,
que el sol á brillar comienza;
yo respetaré tus canas
si tú mi niñez toleras.

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

EXTRACTO

DEL DIARIO DE UN POBRE VICARIO DE WILTSHIRE.

(Continuacion.)

19 de Diciembre, al medio dia.

Esta mañana he recibido un billete que un forastero me enviaba desde la posada, en la cual ha pasado la noche. El desconocido me rogaba en él fuese á verlo para un asunto urgente.

Fuí á verlo. Era un hermoso jóven de unos 26 años, de facciones nobles y de maneras llenas de dignidad. Tenia puesta una vieja y raida capa, y unas botas todavía súcias del lodo de ayer. Su sombrero redondo, que en su orijen habia sido mucho mejor que el mio, se hallaba en bastante mal estado. Sin embargo, á pesar del deterioro de sus vestidos, aquel hombre debia ser de buena casa. Tenia siquiera una camisa limpia de lienzo muy fino, á menos que no se la debiera á alguna benéfica mano.

Me hizo entrar en su cuarto, me pidió mil perdones por haberme molestado, y acabó por confesarme que se hallaba en el mayor embarazo, no conociendo á nadie en el pueblo, al cual habia llegado ayer. Por eso habia recurrido á mí, como pastor del lugar.

«Soy, añadió, comediante de profesion, pero no tengo contrata y parto en el momento para Manchester. Mi dinero toca á su fin y ni aun puedo pagar al posadero por completo, ni mucho menos seguir mi camino. En mi desesperacion á vos acudo: 12 chelines me sacarian del apuro actual, y si consentis en prestármelos, os prometo que cuando logre una contrata, por corta que sea, os serán aquellos fielmente devueltos con las seguridades del reconocimiento mas profundo. Me llamo John Fleettmann.»

Era inútil el haberme pintado tan largamente sus miserias: en su rostro podian leerse con mas facilidad sus pesares y sus inquietudes. Es muy posible que el mio revelase tambien todo lo embarazoso de mi situacion, por-

que inmediatamente levantó los ojos hácia mí y exclamó con desgarrador acento: «¡Ay! ¿vais á dejarme sin socorro?»

Le hice entonces una pintura de mi posicion, tal como ella era, confesándole que no me pedia menos que la cuarta parte de cuanto poseía. Aun le añadí que me hallaba en la mayor incertidumbre respecto á la estabilidad de mi destino.

Su rostro quedó glacial, y me dijo: «Venis á contar á un desgraciado vuestra propia miseria. Ya no os pido nada. ¿No hay aqui alguna persona que, siendo rica, tenga un corazon compasivo?»

Tuve vergüenza de haber espuesto mi triste situacion á Mr. Fleettmann, para tener derecho de mostrarm· duro con él.

Al propio tiempo fuí pasando revista á todos los ind·viduos de mi parroquia, pero no me atreví á nombrarle ninguno. ¿No conocia yo bastante el corazon de todos ellos?

Me acerqué entonces á él, le puse la mano en el hombro, y le dije: «Mr. Fleettmann, tengo lástima de vos; tened un poco de paciencia: sabeis toda mi pobreza: sin embargo, os socorreré si me es posible. Dentro de una hora os responderé.»

Volvia á mi casa, diciéndome á mi propio por el camino: es cosa singular que sea á mí á quien se dirije este forastero, y que el comediante venga á buscar al hombre de la religion. Sin duda debe de haber en mi naturaleza algo que atrae, como el iman al hombre desgraciado. Todo aquel á quien aflije algun infortunio se dirije á mí, que sin embargo soy el mas pobre de todos.

CANASTILLO PARA LABOR.

De vuelta á casa, conté á mis hijas quien era el forastero y lo que queria de mí. Quise saber la opinion de Jenny. Ella me dijo: «Querido padre, leo en tu pensamiento; nada tengo que aconsejarte.»

—«Y qué es lo que yo pienso?»

—«Tú dices: quiero ser para este pobre comediante lo que quisiera yo que Dios y el rector Schuart fuesen para conmigo.»

Confieso que no se me habia ocurrido semejante pensamiento, pero habria deseado que se me ocurriese. Fui á buscar los 12 chelines, y los di á Jenny para que los llevase al viagero. No me gusta oir que me den las gracias, y por otra parte, tenia todavia que trabajar en mi sermon.

El mismo dia por la noche.

Estoy cierto de que este comediante es un hombre honrado. Cuando Jenny volvió de la posada tuvo mucho que contarnos respecto á su visita. Nos dijo que la mujer del posadero, sospechando que la bolsa de su huésped estaba vacía, la habia largamente interrogado, habiéndose visto Jenny obligada á confesarle que yo le enviaba dinero.

Mi hija tuvo que sufrir de la posadera un extenso sermon acerca de la imprudencia del que da cuando él mismo nada tiene, y acerca del peligro de socorrer á aventureros cuando no se puede vestir á sus propios hijos.

Habia vuelto á emprender mi tarea cuando entró Mr. Fleettmann. Díjome que no habia querido abandonar la poblacion sin dar gracias á su bienhechor por haberlo sacado de apuros. Cuando llegó, Jenny iba á darnos de comer, y teníamos sobre la mesa patatas y una tortilla de huevos.

Invité al viagero á que comiese con nosotros, cosa que él no rehusó.

Es probable que tuviese necesidad, porque sin duda en la posada no le habian tratado con esplendidez. Polly fué á buscar cerveza. Mucho tiempo hacia que no habiamos tenido festin igual.

Mr. Fleettmann parecia hallarse muy complacido entre nosotros. Su rostro habia perdido del todo su espresion preocupada: pero conservaba aquella timidez embarazosa, propia de quien ha sufrido. Creyó que éramos muy felices; opinion en que nosotros lo confirmamos. Pensó tambien que éramos mas ricos de lo que yo queria aparentar; pero en tal caso se engañó. Lo que sin duda debia ser causa de su error, era la esquisita limpieza y el buen órden de nuestra habitacion, la trasparencia de los cristales, la blancura de las cortinas, el brillo de nuestro pavimento de madera, de nuestra mesa y de nuestras sillas, cosas todas que no hay costumbre de ver así en los cuartos de los pobres.

Nuestro huésped no tardó en hacerse íntimo de la familia; sin embargo, habló mas de nuestra suerte que de la suya. Es preciso que este hombre tenga algun grave peso sobre su corazon, porque no puedo pensar que sea sobre su conciencia. En efecto, he observado que muchas veces en medio de la conversacion, una sombra pasaba sobre su frente y la palabra se detenia en sus labios, si bien en seguida hacia un grande esfuerzo, á fin de volver á parecer alegre. ¡Dios lo consuele!

Cuando, acabada la comida, nos dejó, le dí todavía buenos consejos. Sé que los comediantes suelen ser gentes algo ligeras; pero él me dió su formal palabra de devolverme lo que le habia prestado, tan luego como adquiriese algun dinero.

Estas fueron sus últimas palabras: «Es imposible que la desgracia pueda hacer presa en vos: dos ángeles de Dios velan al lado vuestro». Decia esto señalándome á Jenny á Polly.

20 de Diciembre.

El dia se ha pasado tranquilamente, pero no puedo decir que me haya parecido agradable. El almacenista Loster me ha enviado la cuenta de todo el año. Sube á mucho mas de lo que creiamos, aunque es exacta. Es que este año han aumentado los precios de todos los artículos.

Lo mas terrible para mí es que el almacenista me exige que salde del todo la cuenta, en atencion á que se halla en el mayor apuro.

No tengo otro recurso que pagar. ¿Habia de dejarme citar ante un juez? Le he enviado su dinero, y todo está saldado. Solo me quedan por todo caudal 11 chelines. Quiera Dios que el comediante me envie pronto lo que le presté. De lo contrario no sé lo que va á ser de mí.

Pero en seguida me digo á mí mismo: «¡Hombre sin fé! si tú no lo sabes, lo sabe Dios. ¿Has cometido algun crimen? Eres pobre: eso es todo.»

(*Se continuará.*)

Explicacion de figurines iluminados.

Trage de paño de seda color de violeta.—La parte inferior de la enagua está cortada en forma de puntas muy profundas, orladas por un grueso cordoncillo violeta, mucho mas subido que lo es el color del trage. En el hueco de cada punta hay colocados siete volantes de un color intermedio entre el del trage y el del cordoncillo que rodea las expresadas puntas.

El corpiño liso, abotonado, tiene un largo cinturon orlado por un volante de color mas fuerte; las vueltas de las mangas se guarnecen como la enagua.

Vestido de jóven soltera.—Trage de alpaga gris. La enagua está guarnecida con cinco tiras de terciopelo negro, de ancho gradual; en cada costura de las que reunen los paños del trage se colocan perpendicularmente dos cintas de terciopelo negro, terminadas por un lazo de cabos pequeños, que vienen á caer encima de la última tira de terciopelo. Las faltriqueras tienen tambien una orla de terciopelo y están adornadas con otro lazo igual. El corpiño liso, con botones de terciopelo negro, se adorna con tirantes de igual tela y color de los botones, que terminan por delante y por detrás en un lazo; las mangas son de vueltas, orladas tambien de terciopelo negro y sujetas con un lazo.

Descripcion de accesorios de vestidos.

Camiseta atravesada por tres series de pliegues pequeños perpendiculares; un buche de doble cabeza, atravesado por una cinta lila, rodea el cuello y baja hasta el talle. Las mangas huecas tienen puño formado por un buche; otro de estos está colocado á alguna distancia, de modo que deje abuecar la manga.

Cuello del renacimiento. Este cuello, muy grande, y con dos puntas por delante, está compuesto de medallones de guipure; un ancho lazo rosa forma la corbata. El puño de la manga está guarnecido de un manguito semejante al cuello; un plegado de doble cara, con trasparente rosa, sube describiendo una punta hácia lo alto de la manga.

Otra manga. Esta es de puño formado por un entre-dos de guipure sobre trasparente rosa; un guipure rodea el puño, encima del cual la manga ahueca, estando esta parte guarnecida por un plegado que sube hácia lo alto de la manga, describiendo dos puntas. Un lazo de cinta rosa se coloca por bajo de la parte hueca de muselina.

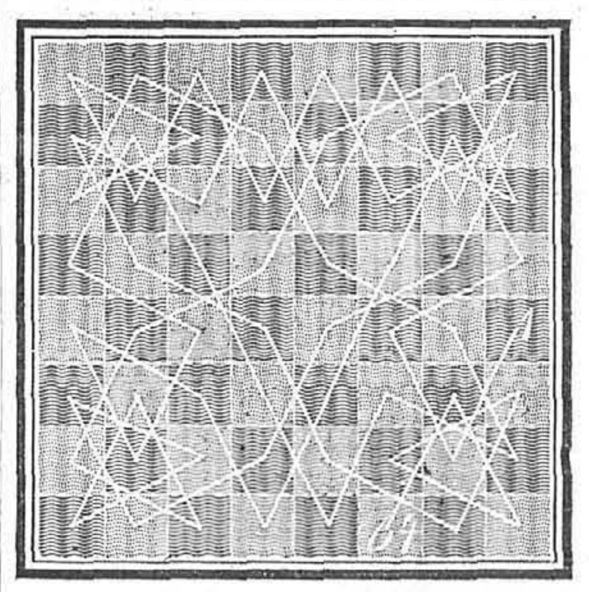
Chaqueta de cachemira blanca. Esta chaqueta se guarnece con un plegado doble de cinta lila, y á cada uno de sus lados lleva una orla hecha con un plegado, doble tambien, de cinta blanca. Está abierta sobre una camiseta de muselina blanca, cuyo delantero se adorna con un plegado de cinta lila, con orla á un lado y otro de plegado de encage. El contorno del cuello se guarnece con otro plegado de encage. El puño de las mangas huecas lleva el mismo adorno que el delantero. Esta chaqueta se lleva con enagua de cachemira blanca, con dos plegados de tafetan lila de desigual ancho, y colocados sobre el dobladillo de la enagua.

EL SALTO DEL CABALLO.

SOLUCION AL DEL NÚMERO ANTERIOR.

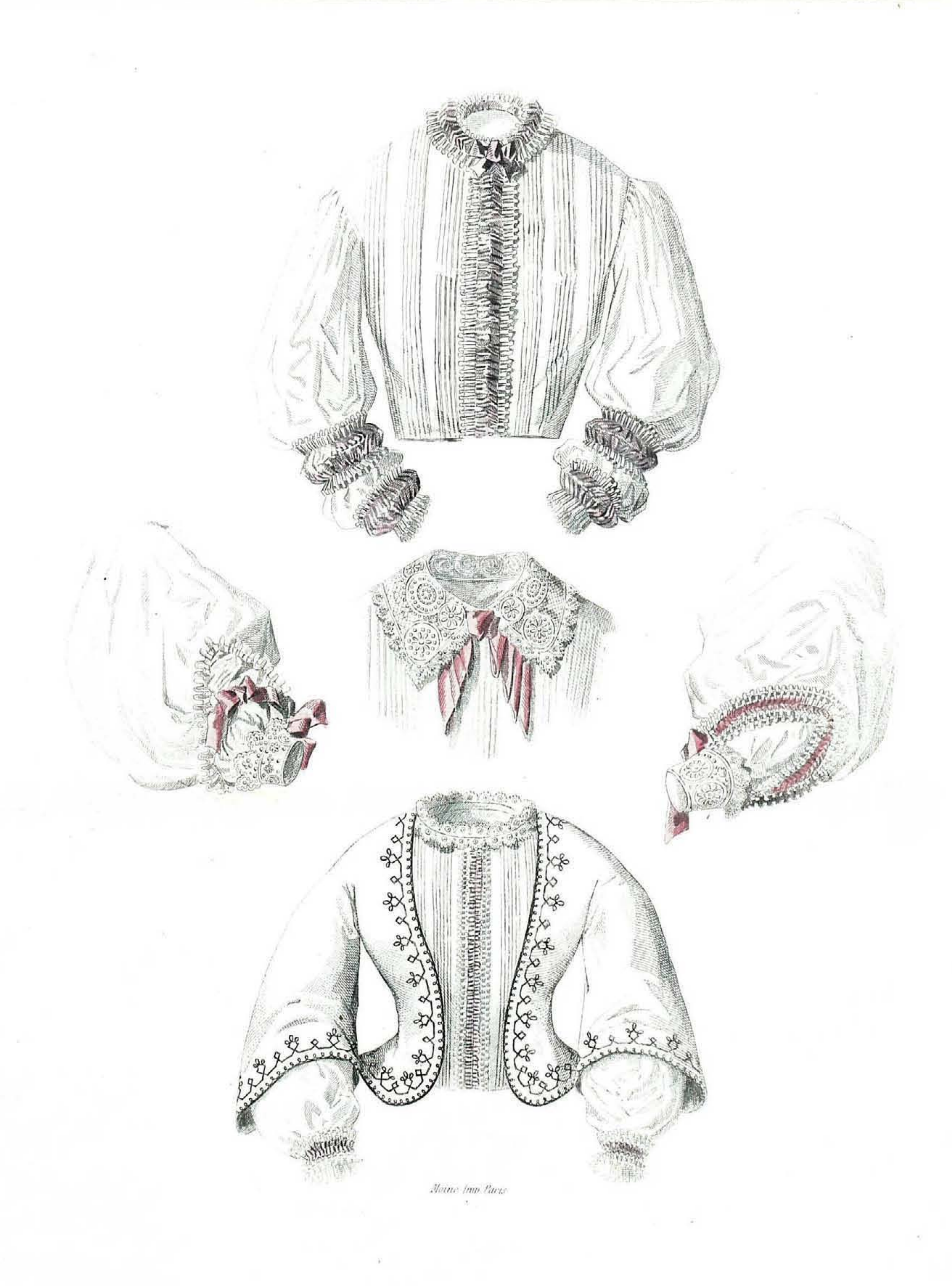
Cuatro dientes te quedaron,
si bien me acuerdo; mas dos,
Eli·, de una tos volaron,
los otros dos de otra tos.
Seguramente toser
puedes ya todos los dias;
pues no tiene en tus encias
l· tercera tos que hacer.

Epigrama de Marcial, traducido por B. de Argensola.



EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ: 1861.—IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba núm. 1.



LA MODA ELEGANTE.